

1816.

que quedaba en su poder, según hemos visto; es menester tener también presente el espíritu que en aquel primer período dominaba, y el auxilio que la revolución encontraba en todas las clases del Estado. «Seis millones de habitantes,» decía Calleja al Ministro de la Guerra en su carta reservada de dieciocho de Agosto de mil ochocientos catorce, «decididos á la independencia, no tienen necesidad de acordarse ni convenirse; obra cada uno en favor del proyecto universal, según su posibilidad y arbitrios; el juez y sus subalternos, cubriendo y disimulando los delitos; el eclesiástico persuadiendo la justicia de la insurrección en el confesonario, y no pocas veces en el púlpito; los escritores corrompiendo la opinión; las mujeres seduciéndose con sus atractivos, hasta el extremo de proscribirse á las tropas del Gobierno, porque se pasen á los rebeldes; el empleado paralizándolo y revelando las providencias de la superioridad; el joven tomando las armas; el viejo dando noticias y conduciendo correos; el rico franqueando auxilios; el literato dando consejos y dirección; las corporaciones influyendo con su ejemplo de eterna división con los europeos, *de cuya clase no admiten uno en su seno, y evitan que les alcance la elección popular*; dificultando todo auxilio al Gobierno; haciéndolo odioso y representando contra él y contra sus fieles agentes, bajo pretextos especiosos que no faltan á su fecunda malicia, y todos, en fin, barrenando el edificio del Estado.» Esto decía quejándose de la influencia que habían ejercido las instituciones liberales en el tiempo que duraron; y aunque en ello haya bastante exageración, no puede dudarse que la revolución estaba fuertemente apoyada en las poblaciones no dominadas por los insurgentes. Este estado de la opinión estaba muy cambiado al dejar Calleja el mando; no porque se hubiese desvanecido el

1816.

deseo de la independencia, que una vez encendido no podía apagarse tan pronto, sino por la persuasión de que era imposible obtenerla por los medios que se habían empleado, que sólo podían conducir á la ruina y aniquilamiento del país. Calleja, pues, dejaba á su sucesor la revolución desacreditada, vencida y abatida, y aunque todavía quedasen puntos fortificados que tomar y reuniones que acabar de dispersar, le dejaba para ello un ejército numeroso y florido, compuesto de tropas acostumbradas á las incesantes fatigas de la campaña, y más acostumbradas todavía á vencer; le dejaba una Hacienda organizada, y cuyos productos se habían aumentado con los nuevos impuestos; el tráfico mercantil restablecido con los frecuentes convoyes que circulaban de una extremidad á otra del Reino, y los correos en un giro regular, saliendo y recibiendo semanalmente.

«Para llegar á este punto, había sido necesario vencer grandes dificultades y cometer grandes violencias: Calleja no se había detenido en los medios: había sumergido en la desgracia á muchas familias, arrancando de su seno al marido ó al hijo para completar los cuerpos del ejército en las levadas rigurosas que había mandado hacer: había cerrado los ojos á todos los abusos que los comandantes cometían, con tal que fuesen fieles á la causa real y la sirviesen con celo: la odiosidad de todo había recaído sobre él, y todos le aborrecían; pero es preciso confesar, recordando sus servicios desde que levantó en San Luis el ejército que hizo frente á la revolución al principio de ésta, hasta el día en que entregó el mando, que si España no hubiera perdido el dominio de aquellos países por sucesos posteriores, Calleja debía ser reconocido como el reconquistador de la Nueva España, y el segundo Hernán Cortés. A su llegada á Madrid, su mérito fué recompensado con el título de Conde de Calderón, en recuerdo de la célebre

Juicio sobre Calleja.

1816.

accion ganada en el puente de este nombre contra todo el poder de Hidalgo, y condecorado con las grandes cruces de Isabel la Católica y San Hermenegildo.»

Derrota Vicente Gómez al comandante González de Mendoza.

A los pocos dias de haberse encargado del mando el nuevo Virey, sufrió un revés uno de los jefes de fieles realistas, Don Calixto González de Mendoza, alavés, paisano que había tomado las armas al principio de la insurreccion, y que por su actividad y gran valor le llamaban «El Empecinado» de Méjico; era comandante de Cholula y de los *guardacampes* de Puebla: salió el catorce de Octubre de esta ciudad á atacar á Vicente Gómez, en la hacienda de La Uranga, y fué completamente derrotado; acontecimiento que puso en consternacion á Puebla.

Salida de Calleja y del Obispo de Oajaca de Méjico. - Observaciones sobre Apodaca.

El dieciseis salió un convoy con numerario y barras de plata para Veracruz, que se dispuso para que pudieran ir á embarcarse Calleja, y en el mismo fué Bergosa, el obispo de Oajaca.

Le tocó la suerte á Apodaca de coger el fruto de la severidad y de las disposiciones de Calleja, ganando la fama de humano, que realmente merecía por su bondadoso carácter; pues vencidas las dificultades y cansados de la guerra los insurgentes, se agolparon á pedir indulto, como habían empezado á hacerlo ya en tiempo de su antecesor; mas tambien tuvo la gran desgracia, aunque sin culpa suya, de perder de un golpe todas las ventajas adquiridas en muchos años de guerra, y ver desaparecer en sus manos, por los desaciertos de la Metrópoli, el imperio español en Nueva España, asegurado por los últimos sucesos que habían afirmado la posesion de tres siglos. Sin embargo, la primera época de su gobierno no fué más que una sucesion de triunfos y sucesos felices, apénas interrumpida por alguno contrario de poca importancia.

Reencuentros

A mediados de Octubre salió de Tehuacan con qui-

nientos hombres Terán—Don Manuel—á encontrar á Márquez Donallo, que iba á atacarle con mil hombres; se avistaron el veintisiete las dos fuerzas, y aunque toda la accion se redujo á un tiroteo sin resultado por ninguna parte, por haber recibido Márquez Donallo la orden de ir á escoltar el convoy en que iba Calleja, la salida de Terán de su cuartel general con fuerzas inferiores á los realistas, prueban su arrojo y la confianza que en su gente tenía. Volvió á salir Terán de Tehuacan; á su tropa reglada reunió las partidas de caballería de Osorno, Inclán y Vicente Gómez, y el siete de Noviembre tuvo una accion con los realistas mandados por Don José de Morán, ascendido ya á coronel de dragones, que le derrotó; perdió Terán un obus, ochenta fusiles y muchas municiones; tuvo cuarenta y seis muertos, y le hizo Morán setenta y dos prisioneros, de los cuáles mandó fusilar á veintiocho, muchos de ellos desertores. Fué la accion en unas lomas llamadas de Santa María, como las inmediatas á Valladolid, en donde fué derrotado Morelos.

A consecuencia de esta accion se presentó á pedir indulto, y se le concedió, Vicente Gómez, *el castrador*, que entró en Puebla con sesenta y ocho hombres de su cuadrilla, indultados con él. El vecindario se conmovió, pidiendo la cabeza de aquel asesino atroz, que era blanco, y para conservar la tranquilidad fué menester poner la guarnicion sobre las armas; mas á pesar de la indignacion pública, se organizó con los indultados la compañía de realistas fieles de Santiago Culcingo, mandados por tan insigne asesino, convertido en el capitan DON Vicente Gómez.

Márquez Donallo, despues de haber dejado en Veracruz el convoy en que fué Calleja, regresó con otro por el camino de Orizava, desde cuya villa con mil hombres de infantería española, doscientos veinte de

1816.
con Terán.—Es derrotado por el coronel Morán.

Es indultado Vicente Gómez.—Sensacion que este hecho causa en Puebla.

Toma del fuerte de Monteblanco por Márquez Donallo.

1816.

caballería mejicana, seis piezas de artillería, abundancia de provisiones de boca y de guerra, y muchos indios para la zapa y otras operaciones de sitio, se dirigió el primero de Noviembre á atacar el fuerte de Monteblanco, en las inmediaciones de Córdoba, construido sobre un elevado cerro. Lo defendía, con el título de coronel, Don Melchor Múzquiz, que pertenecía á una familia distinguida de la provincia de Coahuila. Adelantaron los realistas sus obras de sitio; el mismo Márquez colocó un cañon de á doce á tiro de pistola de los muros, y con pocos disparos abrió una brecha; pero Múzquiz no aguardó al asalto, y se rindió el siete con la garantía de conservarles las vidas á él y á su gente. Fué llevado á Puebla y puesto en la cárcel Múzquiz, á quien volveremos á encontrar figurando en altos puestos.

Derrota de Guerrero y de Terán, por el teniente coronel Samaniego.

El mismo día siete de Noviembre derrotó el teniente coronel Samaniego á Don Vicente Guerrero en la cañada de los Naranjos, que, como se deja referido en la pág. 301, era paso preciso en el camino entre Izúcar y Oajaca. Además de muchos muertos y prisioneros, dejó Guerrero un espléndido almuerzo servido en vajilla de plata, de la cuál mandó el Virey que Samaniego se quedara con la mejor pieza, y que, vendiéndose las demás en pública almoneda, se repartiera su producto á las tropas. Samaniego y Lamadrid llevaban un convoy con azúcar y tabaco de Izúcar á Oajaca; se había situado Guerrero con quinientos hombres en el cerro de Piaxtla, y había construido dos fortines que obstruían el paso de la cañada de los Naranjos. Al atacarlos fué rechazado y herido el mismo Lamadrid el dieciseis, por lo que tuvieron que retroceder á Izúcar los dos jefes realistas; pero volvió á salir Samaniego el veintidos por diversos caminos de los que los insurgentes ocupaban, y llegó el veinticuatro al pueblo de Santa Inés. Informado Terán de la marcha de Samanie-

1816.

go, resolvió salirle al encuentro, y se puso en camino con un cañon de á cuatro, cuatro compañías de infantería y un escuadron, y dió orden á su hermano para que de la guarnicion de Tepeji, le mandara una compañía de infantería y otra de caballería. Era como de quinientos hombres toda la fuerza de Terán, de cuya aproximacion tuvo conocimiento Samaniego en Santa Inés, y para no encontrarse con él tomó un camino excusado; pero habiéndole salido al paso Terán el veinticinco, Samaniego le hizo cuarenta muertos, le quitó el cañon y, aunque en buen orden, le obligó á retirarse á Tehuacan.

En Noviembre desembarcó en Boquilla de Piedra, de vuelta de los Estados-Unidos á donde había ido de plenipotenciario, el cura Herrera que no pasó de Nueva Orleans, ni hizo más que ponerse en relaciones con los piratas para que enviaran armas y municiones. Don Manuel Pelaez, cura de Jotoltepec, á quien Herrera había informado de sus operaciones en Nueva Orleans, y de los proyectos de piratas para el Seno Mejicano dió aviso de todo al Virey, por lo cuál activó sus disposiciones para que no les quedara ningun puertecillo á los insurgentes. Herrera se presentó á indultarse poco tiempo despues, y se le dió la cátedra de filosofía en el colegio Carolino de Puebla. Los tenientes coroneles Llorente y Lubian perseguían con actividad á las partidas de la Huasteca; y en las inmediaciones de Veracruz Don Antonio López de Santa Ana, ascendido á teniente, con una partida que se llamó division de la Orilla, y puso á sus órdenes el gobernador Dávila, su protector, recorría las serranías inmediatas y extinguía las aduanas establecidas por Victoria.

La campaña se cerró este año en la provincia de Veracruz con la toma de Boquilla de Piedra. El Virey, como queda referido, activó sus disposiciones para que no les quedara ningun puerto á los insurgentes, y en

Llega Herrera de Nueva Orleans á Boquilla de Piedra.—Se indulta.

Campaña en la Huasteca y en las inmediaciones de Veracruz.

Toma de Boquilla de Piedra por Don José Rincon.—Premios á éste.

1816.

cumplimiento de sus órdenes envió el Gobernador, á las del teniente coronel Don José Rincon, doscientos infantes y cien caballos, que salieron de Veracruz el quince de Noviembre, y una lancha cañonera que ayudara á las operaciones de tierra, y que llevaba además otro cañon para desembarcarlo. En la Antigua se reunieron algunas compañías de fieles realistas á las tropas de Rincon, que atacó la fortificacion el veintitres. La resistencia, si bien vigorosa al principio, duró poco: los insurgentes huyeron saliendo de sus atrincheramientos, y la caballería realista mató á cuantos pudo alcanzar, haciéndose muy pocos prisioneros. Había en el fortin un obús; diecisiete cañones de dos á doce; y en los almacenes, además del botin de dinero, de ropa y de géneros, de que Rincon creyó conveniente dejar que se aprovechara la tropa, se encontró armamento; gran cantidad de provisiones; quince fardos con vestuario; herramientas para zapadores; cartas marítimas de aquella costa, y dos cajones con ejemplares de la Constitucion de los Estados-Unidos y del Nuevo Testamento en castellano. Entre los prisioneros se cogieron algunos piratas extranjeros, que fueron enviados á San Juan de Ulúa. A Rincon se le premió con el empleo de teniente coronel de ejército, siéndolo ántes de milicias provinciales, y el comercio de Veracruz le regaló una rica espada de oro, con inscripciones alusivas á su triunfo.

Término feliz del año.—Concesion de premios.

Por todas partes triunfaban las armas reales; el año de 1816 terminaba felizmente para la causa del orden: los militares que habían contribuido á ello recibieron premios, en lo cuál erradamente había andado demasiado parco Calleja. Apodaca, además de los empleos y los grados que dió á los comandantes, y á veces al individuo más antiguo por clase en cada division, concedió á éstas escudos de distincion, agotando su ingenio, en competencia con lo que al mismo tiempo se

1817.

hacia por el Ministerio de la Guerra en Madrid, en discurrir lemas é inscripciones sonoras.

«Siete meses hacía que el teniente coronel Don Matías Martin y Aguirre, comandante de la seccion de Ixtlahuaca, había ido tomando con el mayor acierto todas las medidas convenientes para privar de auxilios y comunicaciones á la guarnicion de Cópore, ocupando con numerosas partidas, bajo las órdenes de los activos capitanes de Fieles del Potosí Barragan, Amador y de otros jefes, todas las entradas, procurando al mismo tiempo captarse la voluntad de los habitantes por el buen trato, y entrar en relaciones con Don Ramon Rayon, comandante de aquel punto, y que se titulaba capitán general de la provincia de Méjico. Rayon se manifestó desde luégo dispuesto á tratar de la entrega del fuerte, estando persuadido de que le era imposible sostenerse en él por más tiempo; pero tenía que vencer la resistencia de los que lo acompañaban, tan decididos algunos á defenderse, que llegó á temer una revolucion y morir á manos de los suyos, miéntras que otros, no sólo estaban inclinados á tratar con Aguirre, sino que lo habían hecho ya por sí, solicitando ocultamente el indulto. Rayon comisionó á Don Apolonio Calvo, sugeto de su confianza, para que pasase al campo de Aguirre á ajustar con éste las condiciones de la entrega, lo que se hizo por medio de una capitulacion formal; y vuelto Calvo con ella al fuerte, Rayon celebró una junta de todos los jefes, los cuáles la suscribieron, asegurándose tambien de la voluntad de los soldados, que todos se manifestaron conformes.»

«Hecho ésto, Aguirre hizo acercar todas las partidas en que tenía distribuida su division para que, presentándose á la vista de Cópore, causasen temor á los que quisiesen todavia oponerse á lo convenido con Rayon; y el dia siete de Enero, que era el señalado para la en-

Capitula en Cópore Don Ramon Rayon con Don Matías Martin y Aguirre.—Entrada de ambos con sus tropas unidas en el fuerte.